

impreso en risografía en el taller de recodo press

migas (o postales de alguna imaginación andina)
josé peña loyola y roberto vega

primera edición, 2025

colección

fui yo lx que me ilusioné:
tres elaboraciones para
desencantarse del sistema colonial

© de los textos, josé peña loyola, 2025
© de los visuales, roberto vega, 2025
© de la edición, recodo press, 2025

edición y coordinación editorial
corrección ortogramatical

galo perez p.
ana carolina benalcázar

Imágenes
diseño de la colección
diagramación

roberto vega
juan felipe paredes
gabriela siranaula

recodo press

carolina velasco
galo perez
juan felipe paredes
ana carolina benalcázar

edición de 500 ejemplares
septiembre 2025

ISBN:

978-9942-51-947-4



REPÚBLICA DEL ECUADOR Instituto de Fomento de las Artes,
Innovación y Creatividades

j os é m pe ñ a i lo y o l a g ro b e r t o a v e g a S
(o postales de alguna imaginación andina)



i n t e r o

Podemos empezar en un viaje. Una especie de retorno. Nuestro trabajo ha estado marcado por la distancia y por el intento, un intento que es también un trabajo, de mantenernos cerca. Durante varios años tuvimos un blog secreto que era casi como un diario siamés. Ese diario empezó en un viaje. En un avión jugábamos a pasar el tiempo. Roberto hizo un dibujo de José y José, quien aún se creía poeta, escribió una frase de algo, algo medio cursi medio intenso, y dobló la hoja. Se la pasó a Roberto, quien enseguida entendió el juego que era también una impostura, la de creerse surrealista, y escribió otra frase, y así pasaron varios minutos hasta que tuvieron un poema adolescente escrito en pareja. José lo guardó y varios meses después lo transcribió y así empezó ese blog, ese diario dual. Ahora, más de diez años después, leímos el poema. Nos reímos un poco de nuestra arrogancia, de nuestro exceso de confianza y de nuestro sentir intenso. Desde la risa, sobre todo, empezamos a migar ese poema, y así quedó algo parecido a una primera estrofa:

se resbalan retazos de piel
con tra e l s u e l o
como piedras
como burbujas es tan cadas
como gota viole(n) ta

Ese ahora del que hablamos es el presente de este segundo libro que hacemos en conjunto. El libro se ha hecho en varios encuentros espaciados en el tiempo, todos en el estudio de Roberto. Si bien a nuestros encuentros traíamos materiales previos, textos e imágenes, fue en esos momentos de trabajo en persona en donde esto que llamamos migas fue sucediendo y en donde además fuimos encontrando una serie de procesos que se podrían definir con el verbo migar, la acción de hacer migas. Más o menos. Porque también este libro se ha ido haciendo en la oralidad, en larguísimos y chuecos mensajes de voz. Chuecos en el sentido de que lo que en esos mensajes se dice es todo desviado, contorsionado y, como siempre, incompleto.

En uno de nuestros primeros encuentros llevamos impresos varios textos que José había escrito pero de los que no estaba seguro. Casi sin dudar les metimos tijera y fuimos migándolos. Queremos pensar que en esa acción tratamos a las oraciones como algo sólido que como tales se pueden deshacer si se les aplica la fuerza adecuada. En otra ocasión migamos borrando letras y manteniendo los espacios, pensando que el espacio en blanco no es un vacío ni una nada, sino algo que está. John Cage describe al silencio de una forma similar, no es la ausencia de sonido sino la posibilidad de escuchar sonidos impensados. Quizá los espacios en blanco sean algo parecido. Quizá nos entregan la posibilidad de imaginar otros sonidos y otras formas que se desprenden de las letras que tan acostumbradas estamos a ver. Una i puede ser una i pero también puede ser

la huella (de) un sus

piro

el pelo que demora

en una comezón de agujas

por el ala de una avispa a

través

fibras de tinta

Aquella vez, en aquel avión, cuando escribíamos esto que se lee como un poema, más que escribiendo estábamos jugando. Porque en el grupo de teatro y títeres en el que nos conocimos, ambos aprendimos que el juego es una forma de habitar el presente donde las cosas pueden develar su propio peso. Sabemos que jugamos y eso, en sí mismo, es un acto vital. Y político. En todas nuestras reuniones, que ya se sabe eran más sesiones de juego que cualquier otra cosa, migamos recordando el tingo tingo tingo tango. Un juego en el que se pasa algo entre un grupo de gente mientras alguien repite la palabra de dos sílabas tingo. En tanto quien habla sigue diciendo tingo, esa cosa, que puede ser cualquier cosa y que va pasando de mano en mano, se sigue moviendo. Tango. Cuando la persona, la de la voz mandante, dice tango, la cosa se queda en manos de la desafortunada persona que sujeta ese objeto en el preciso momento en que esa otra palabra de dos sílabas, tango, es pronunciada. Nosotros inventamos otro juego. Uno de los dos se ponía de pie mientras el otro estaba frente a la computadora con el cursor sobre el principio de uno de los textos. Luego, la voz mandante decía tingo y daba un paso adelante y el que estaba frente a la computadora movía el cursor un espacio, luego tingo tingo tingo tingo cuatro pasos adelante y el escribiente aplastaba la tecla del cursor derecho cuatro veces. Luego tango y entonces la voz cantante daba un paso atrás y quien estaba frente a la computadora presionaba la tecla de borrado una vez. Y luego tango tango tango, tres veces hacia atrás, tres letras borradas.

habitant de o pueñ

casi lviddos relaos queesconden la líneas

qu escaban uequitos n l iso

en lssilbidos

agjosn lasojas arillas

Así, en todas nuestras sesiones de juego e inventando diversos procedimientos de migado, hicimos migas del poema Boletín y Elegía de las Mitas de César Dávila Andrade publicado por primera vez en 1959. José empezó a trabajar con este poema y un recuerdo falso de haberlo recitado desde hace ya varios años. Finalmente lo migó. Entero e intacto era aún demasiado patrio. Migamos también el recuerdo de la primera vez que José vio matar a un chanchito algún día de 1993 o 1994. Debe haber sido en la mañana y debe haber sido un día lluvioso porque recuerda que la sangre se encochó por un par de días. También migamos el decreto ejecutivo No.111 dado en el palacio nacional en el distrito metropolitano de Quito emitido a los nueve días del mes de enero de dos mil veinticuatro reconociendo la existencia de un conflicto armado interno ordenando a las fuerzas armadas a ejecutar operaciones militares. Al decreto lo tratamos igual que al resto de las otras cosas pero fue difícil, tenía la cáscara demasiado blanda, se rompía enseguida. El lenguaje del estado apenas resiste una aplastada, su crueldad radica en que construye un complejo sistema de espejos que lo hace ver indeleble. Al igual que la lengua del estado, ni este libro ni quienes aquí migamos saben nada de Josué Arroyo, Ismael Arroyo, Saúl Arboleda y Steven Medina. José vio decenas de veces un video en el que 16 militares subieron a aquellos cuatro niños a una camioneta. Roberto recuerda ese golpe seco que un militar le pega a uno de los niños en el rostro. Lo recuerda en el oído aunque el video no tenía sonido. Ni este libro ni quienes migamos saben nada más allá de que los encontraron muertos, incinerados. No sabemos quién

prendió el fuego. No podemos imaginar la temperatura de la piel de las manos de los militares durante todos los días de diciembre. Un libro nunca sabrá qué color tiene la mano de un militar después de dar un golpe, empuñar un arma, enterrar un cuerpo, prender un fósforo...

Aún no hemos entendido qué es esa cosa que el estado llama justicia. Intentamos, desde estos ejercicios irrelevantes pero urgentes, establecer nuestras propias formas de hacer, de habitar, de jugar, de pensar, de gobernarnos, incluso.

También migamos el recuerdo de un árbol de capulí. De los distintos movimientos corporales que el árbol exigía para poder trepar y cosecharlo. E hicimos migas fotos familiares en la casa de la abuela materna de Roberto tomadas a finales de los ochentas y principios de los noventas, varios dibujos y un montoncito de recuerdos del patio de la casa de los abuelos maternos de José, patio que ya no existe y que estuvo en pie desde mediados del siglo veinte hasta finales del mismo siglo. Así mismo, sostuvimos entre el pulgar y el índice como si fuera una piedra de polvo, una piedra falsa, al himno a la bandera escrito por Ángel Rivadeneira Pérez en 1936 y cantado por millones de gentes crecidas en esta tierra desde entonces hasta ahora. Migamos algunos recuerdos de una o varias montañas y láminas escolares aún en circulación sobre la batalla de pichincha, la colonización española, la organización política y económica durante la colonia y las expediciones al ecuador de exploradores europeos. Roberto recortó esas láminas como quien aplasta un pan seco para hacer miga de pan. Así también migamos un par de recuerdos ajenos del río y del recuerdo propio de un incendio en Quito.

Esto puede parecer una genealogía. El juego de escribir un poema en común podría parecer un inicio, una especie de génesis, pero cuando se miga, los pedazos, las migas, los fragmentos, no tienen una línea de tiempo. No se puede reconocer cuál vino primero y cuál después. En las migas, dentro de las migas, el tiempo es tan irreal como la patria.



Este libro, este remiendo que aquí empieza, no sabe nada de los cuerpos que se transforman en cadáveres. Se encierra en sí mismo, el libro, y no escucha las calles vacías, los susurros del miedo, el caer de los cuerpos. Porque los cuerpos, no importa donde estén, caen. Pero este libro no lo sabe. No sabe cómo se parpadea después de que los ojos han presenciado el horror. No es un activista, este libro. No activa nada si apenas recicla e intenta migar ciertas estructuras que tienden a cristalizarse de tal manera que nos da la impresión de que son indestructibles.



l
n dí

s
t da m o a unísono *or dos grada ai e mar*
ura. hí za s a .
ico. *o r i a gu*
no. ,

ga

os
95

.Yp e n s mo nto, s y

r e m o l i n o s. l o e

Ya no es una luz, al menos no una luz cualquiera, un reflector. Es el sol. El sol me pega de frente. Los años no los sé porque son varios. El mismo día puede estar pasando en 1995 y en 1997 y en 1999. Y ese mismo sol le puede estar pegando de frente en la cara a otros, a otras niñas a esa misma hora y en esa misma ciudad. Y puede que en ese momento, sin saberlo y sin darnos cuenta, todas estemos repitiendo al unísono por dios juro sagrada bandera en el aire en el mar y en la tierra, mientras el sol equinoccial nos debora las córneas y eso que llaman las coronas, o los remolinos, en nuestras cabezas. Estamos, yo y todos los niños a mi alrededor, alrededor de unos quinientos, formados en filas militares en el patio de una escuela. Y el masculino no es genérico. Ahí sólo hay niños, o cuerpos forzados a comportarse como tales. Varones. Repasamos algo. Alguna jura. Algún día cívico. en la paz y en la orisona guerra defenderte hasta airoso morir mientras marchamos en el mismo terreno. Horrisona guerra, dice la letra.

Orísona, una palabra inventada, es la que cantaba, cantábamos. Para Ángel Rivadeneira Pérez la guerra era, sobre todo, un sonido horrible. Horrendo. Horroroso. La guerra era un sonido más que cualquier otra cosa. Un enjambre de pums, tracs, pams, y chispúnes varios. Cuando marchaba al son del himno escrito por aquel señor Rivadeneira, no me preguntaba si ese himno era tan sólo un chispún más de todo ese barullo disonante que compone el adjetivo horrísono. Quizá el enaltecimiento de la nación, del estado nación, es un horrísono ruido. Si extranjera ambición algún día ultrajarte pretende atrevida seguía el canto al ritmo de la marcha, un dos tres, uno, un dos tres, dos, un dos tres, tres.



Murió gloriosamente en el

PICHINCHA

perderemos gustosos la vida cantaba, cantábamos, como si las palabras fueran nada, como si uno dijera eso y la bandera no escuchara. Quizá debía haber temido que la bandera, que la patria, que la nación escuche mi canto y piense que podría perder gustoso la vida por ella, garabato histórico. ¿Puede que la patria nos haya escuchado y se haya convencido que la haríamos lucir con honor y que sería fortaleza y que rompería las cadenas y que en las venas teníamos un soldadito llamado sucre, encogido, diminuto, microscópico y manchado de sangre, ahogándose en la sangre de cada uno y cada una de esas niñas que marchaban y cantaban y decían que sentían en sus venas correr a ese sucre, héroe y moneda, asesinado primero y sacado de circulación después? ¿Qué haría ese pobre sucre para terminar transformado en papel, y en plata, y en carbón y luego en hemoglobina, y luego en memoria ensangrentada y heroica?

que la patria
que la nación
encogida

dimunita
microscópica

y manchada de sangre

ahogándose



pero vive en nuestros corazones.

Una fotografía:

El recuerdo es como una fotografía pero puede que nunca haya existido. Una de mis hermanas dice que no es mentira. La otra dice que todo

Estas actividades se desarrollan al interior
de la familia

- El
seg

- El padre
su familia c

- El padre d
alegres y tr

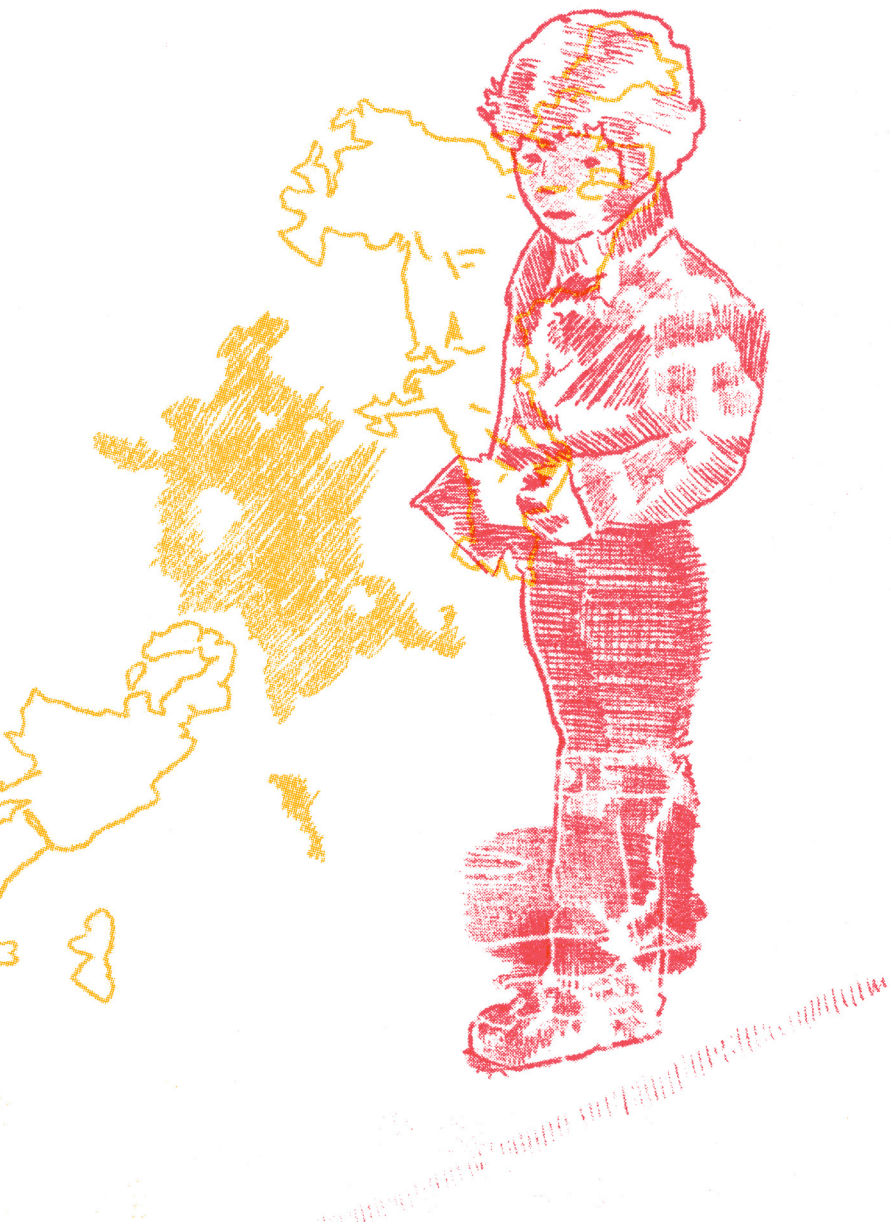
- El padre
condicion
vida con
feliz.

- El
manten
unidad de su

COMO SE FORMA UNA FAMILIA

Mi papá contaba que aprendió a nadar porque su abuelo lo empujó al río. A él, a mi papá, no le quedó de otra que mover los brazos y las piernas para no ahogarse.





lo mismo hiciera conmigo

lo mismo

que el miedo hiciera

que el río el miedo

abuelo

hicieran

empujó

mover los brazos

las piernas

el papá el

migo





donde bajaba el frío,

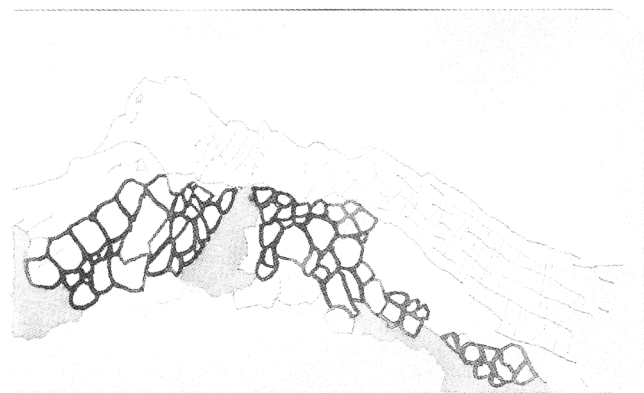
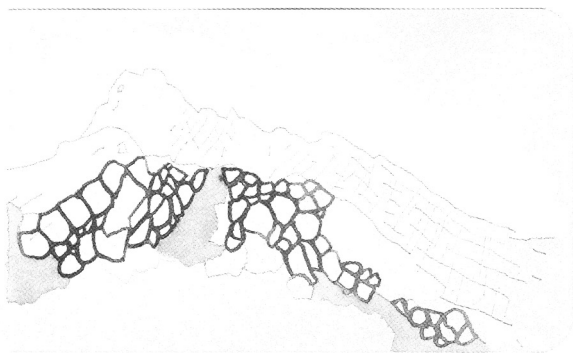
Soplando. siempre ahí,

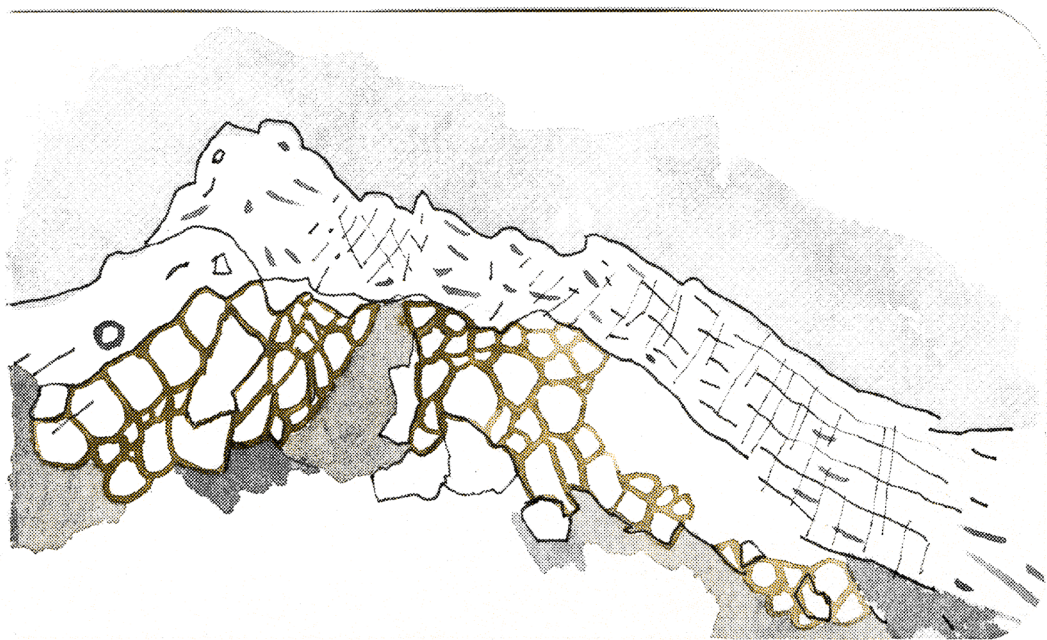
Nadie más se acuerda de esto. No de esta forma,



as: Son las
ios: Son los
rmos: Son
rimas: S
sobrinos: Son
Sobrinas: Son

Habría que describir aquí una sensación.
El recuerdo de una posición del cuerpo.





En la cabeza los nombres

Bernabé Ladña,

Molleturo,

Cojitambo,

Sebastián Caxicondor, Zhoray, Cotopilaló, Tanlagua, Tomás Quitumbe.

la voz, la espalda

en cada "tam". A mí tam. A José tam.

La luz del escenario me pega de frente. El poncho me pica el cuello, y el sombrero me queda apretado: me hace doler la cabeza. El poncho es rojo a rayas y el sombrero duro y redondeado y uso unas alpargatas abiertas. Estoy vestido de tres distintas nacionalidades indígenas, pero en ese momento no lo sé: estoy vestido de indio y a la profesora poco le importa de cuál. Antes de la declamación las manos me sudan y repito el poema en la cabeza. Repito sobre todo los nombres. Lo que más me cuesta son los nombres. Pero, un niño de once años retiene fácil las palabras. Bernabé Ladña, Molleturo, Cojitambo, Sebastián Caxicondor, Zhoray, Cotopilaló, Tanlagua, Tomás Quitumbe. Se me olvida el orden y tengo que empezar de nuevo y en mi cabeza todo se enreda. Son palabras extrañas. Un dolor que no entiendo. Durante todos los ensayos la profesora me dice que tengo que sufrir más, retorcerme más, llorar si es que me es posible. Que se me quiebre la voz, que se me doble la espalda en cada "tam". A mí tam. A José Vacela tam.

debo que sufrir más, retorcerme que más, llorar que se
me quiebre, que se me doble

la espalda, la voz



maíz.

calabazas,

ancho

camotes,

mellocos,

ocas,

patatas,

caucho, cacao, tabaco, etc.,

cuyes,

manadas de alpacas,

llamas,

vicuñas,

Y que grite cuando diga Pachacámac: Dos hijos muertos a látigo. Oh, Pachacámac, y yo, a la vida así morí. Y que caiga sobre mis rodillas cuando hable de los fuetazos y que detenga el ritmo cuando hable del vómito de sangre y que luego me vaya parando cuando hable de cómo ahora toda esta tierra es mía y que termine levantando los brazos cuando empiece a decir que regreso, que regresamos. Se emociona la profesora. Yo no sé por qué. A mí me pica el poncho y me estorban las alpargatas. Cuando debo empezar a recitar, la luz del escenario me enceguece; me pega de frente en los ojos como luz del sol a mediodía, luz de un sol que está más cerca de uno porque uno está más arriba y más al centro de la tierra. Sol que incendia los cuerpos que trabajan. Parado en el escenario la luz no me permite mover los labios. Quedo detenido mientras la profesora, detrás de una cortina a un lado del escenario, me alienta y repite el inicio del texto que ella adaptó para que yo no memorice tanto: Yo soy Juan Atampam, Blas Llaguarcos,

demarcaciones de un territorio

tratar pletos

que eran una instancia de gobierno

sus sentencias inapelables.

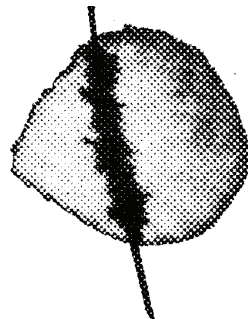
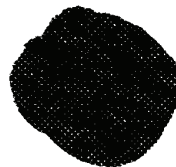
eran

para dar a perpetuidad

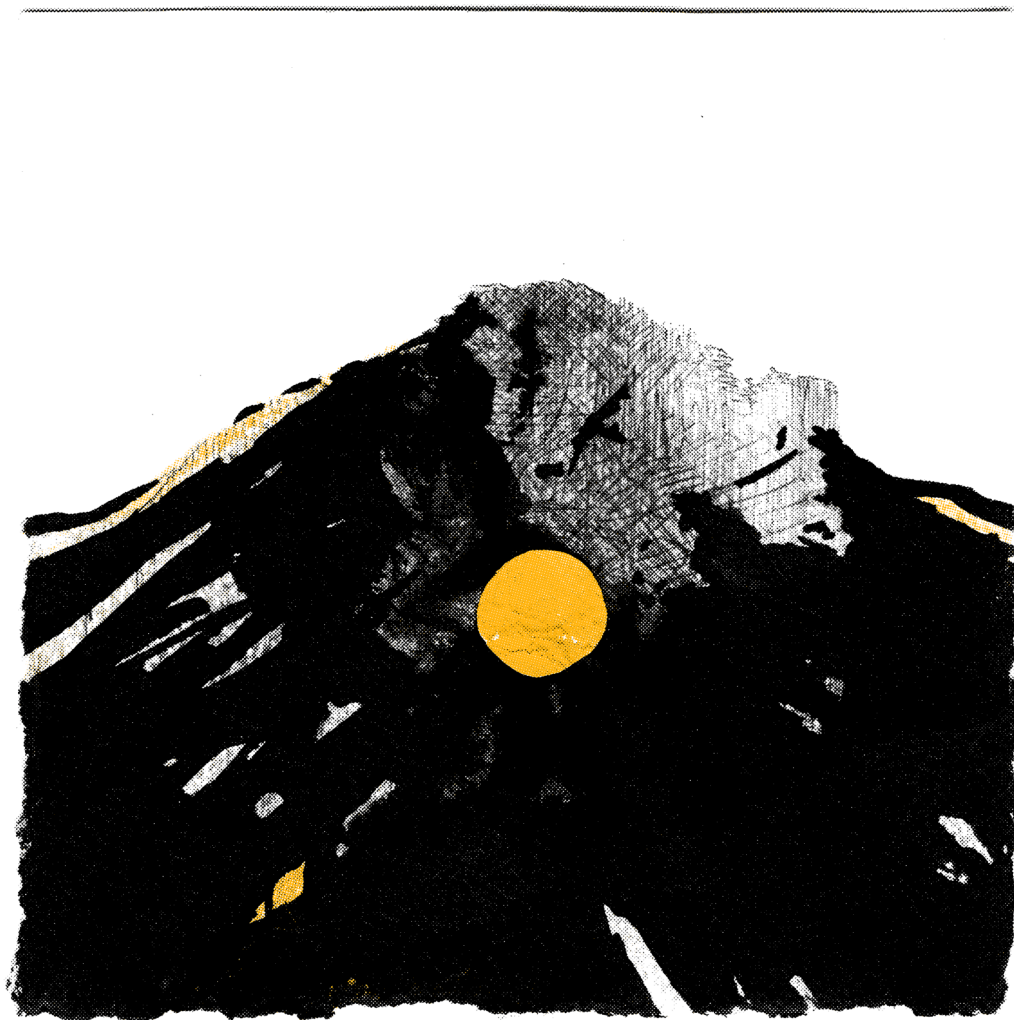
de vigilar que no se cometan abusos.

otación, abarcaba
trabajar la tierra y

Pachacámac: Dos hijos muertos a látigo. Oh, Pachacámac, y
yo, a la vida así morí.
regreso, regresamos
de los fuetazos, del vómito de sangre,
Yo soy Juan Atampam, Blas Llaguarcos,
ahora toda esta tierra es mía
la luz me enceguece en los ojos como sol más cerca que
incendia los cuerpos
la luz
mover los labios.
Y que grite cuando diga
Y que caiga sobre mis rodillas cuando hable
y que luego me vaya parando
y que termine levantando los brazos cuando empiece a decir
Y no sé por qué
y más al centro de la tierra.



Quedo detenido yo soy
Y no sé por qué
detenido soy
ahora toda esta tierra me incendia
más cerca
y yo, a la vida

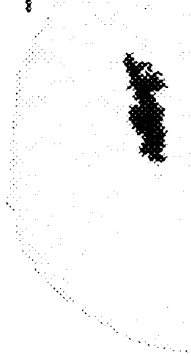
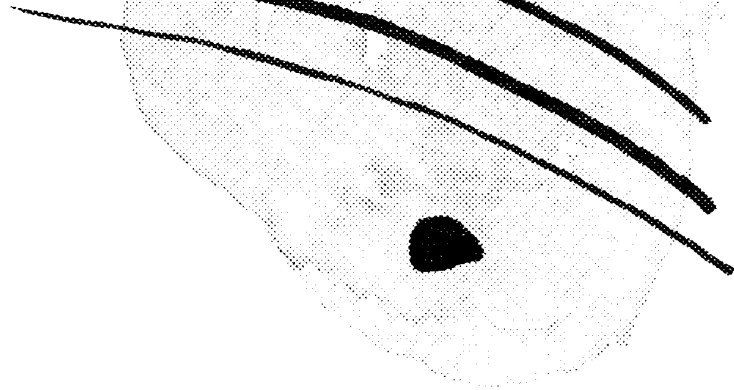


Nací y agonice en Chorlaví,
con sus alpargatas y sus años
nuestro silencio susurra líneas
Chamanal, Tanlagua. mucho agonice.
la luz mi mano el sombrero redondeado
sobre pecho con dos manos.
Sudor de sangre Caxají, Licto y Conrogal...
un paso adelante



Bernabé Ladña. Nací y agonice en Chorlaví, Chamanal, Tanlagua. Sí, mucho agonice. Sudor de sangre tuve en Caxají, Licto y Conrogal... Yo, sigo parado con mi poncho, mi sombrero, mis alpargatas y mis once años en ese escenario donde ya otros recitaron el mismo poema. El que mejor lo haga, el que más sufra, gana el interescolar de declamación. Mi silencio se siente como sufrimiento y la profesora todavía no se alarma, pero me susurra las líneas para no desesperar.

Logro mover la cabeza para evadir la luz, miro el teatro repleto de niños y niñas de mi edad. Llevo mi mano hacia el sombrero duro y redondeado, me lo saco y lo ubico sobre mi pecho sosteniéndolo con mis dos manos. Doy un paso adelante: Yo soy Juan Atampam...



en Chorlaví

años

susurran

Yo no soy Juan Atampam...

Se origina de la mezcla entre

Fusión de negros, ind.
blanco, europeos

países latinoamericanos

indígenas nativos
africana

culturas preincásicas

sempiterna

condencia ne...

M

E

S

L

I

Z

52

Se organiza en
forma de República

O

Pasan personas

geranios,

no me

olvides,

perritos,

pasan mis primos con una pelota de papel,

pasa mi mamá y mis tíos,

pasa mi abuela

la Miche y la Josefina,

Y pasa

la señora que lava la ropa.

Paso yo también, apenas.

el afuera no se ve.

no siempre aparece.

violetas,

el sol

Al pasillo lo recuerdo quieto.

Se escucha el río, apenas.

En ese pasillo casi nunca hace frío,

De un lado, el ansia de mar.

PRIMERA EXPEDICIÓN

astrolabio

cartas marítimas

la esfera celeste y el cuadrante.

SEGUNDA EXPEDICIÓN

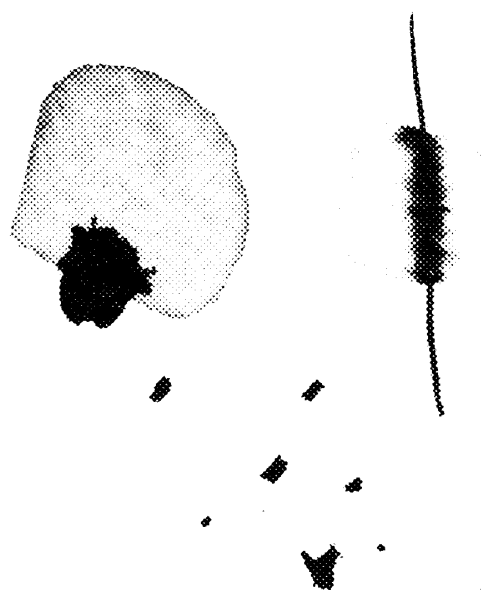
circunnavegación

medios de orientación

desembarco

TERCERA EXPEDICIÓN

Tarde o temprano los vientos



Yo salía al balcón de la casa y luego corría a decirle a mi hermana

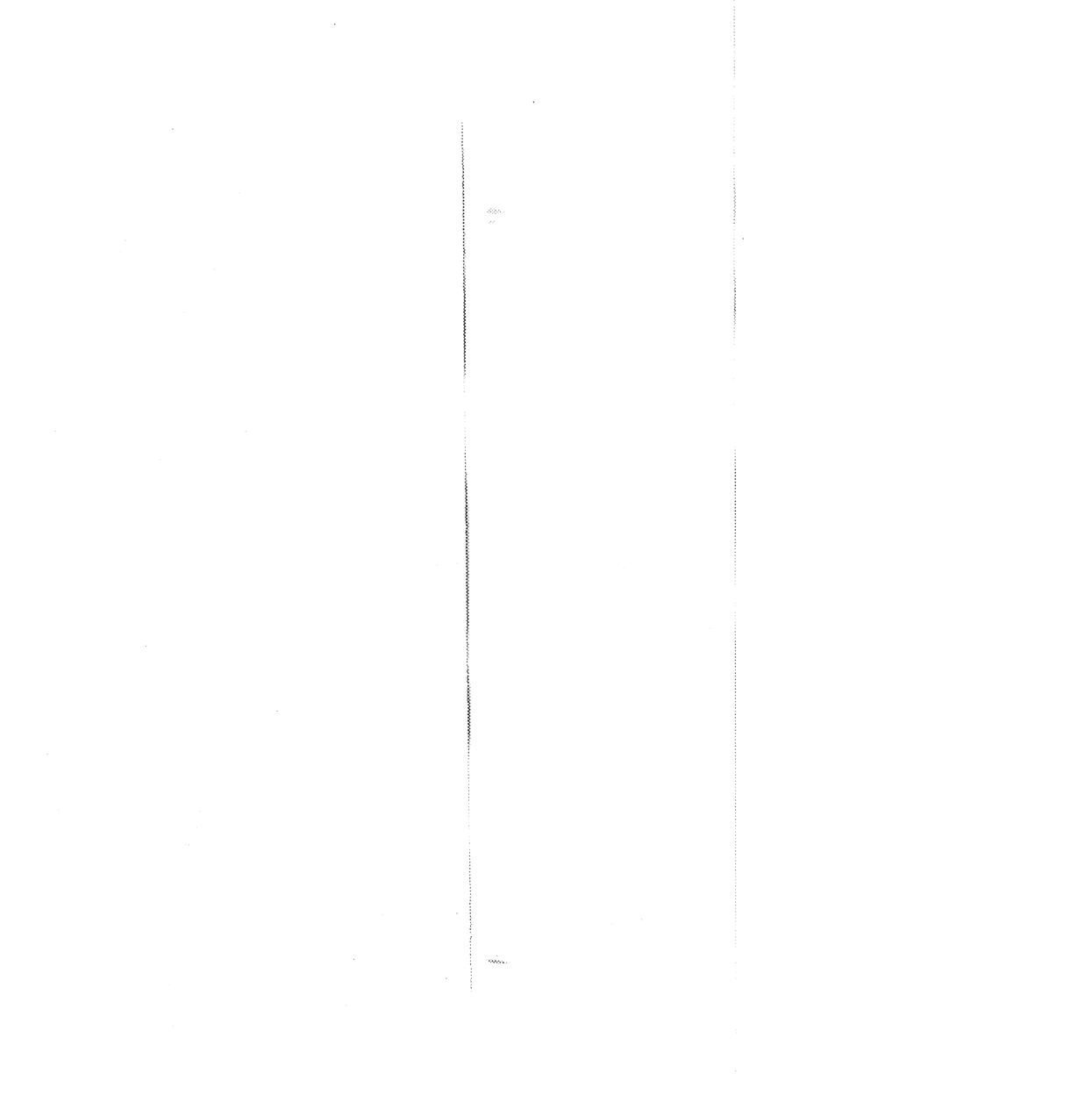
El árbol de capulí.

Me acuerdo que entrábamos al terreno

esas bolitas negras como chocolatinas.

Yo la miraba moverse dentro del árbol

Yo alcanzaba a ver



como si su cuerpo

fuera una rama saltarina.

la perdía de vista.

Mi he

con un

hilos negros en sus d

el árbol era una casa.

A veces

Me acuerdo de cuando pude subir al árbol

mana, ya arriba, me tendió la mano

a sonido [REDACTED] animal.

lientes.

quizá. mi frágil también. quizá. aquí nada

irrelevante

deleble



Una un u. con los co s. Algo su de su de patrio no por el
sino porque el, quizá
desde el en el que en.

Como, como, la del l has no de los
en los cuales mi frágil. La de un
hasta algo también. O quizá lo que el de e a.

Y aquí nada
quién realmente,
y qué en.

La irrelevante, indeleble

u n a.

Una cabeza bandera. con los dientes. Unos
dientes bandera. Algo de bandera porque los
dientes un soldado
patrio el evento, quizá desde el instante
narra. la historia del muchacho
la bandera de los lugares
mi frágil identidad. La bandera de un país la muerte
algo importante
de crueldad
la historia. poco o nada quién realmente y qué en
realidad. La realidad irrelevante,
lo que real indeleble ficción.

Una cabeza sostiene una bandera. Con los dientes.

Unos dientes sostienen una bandera. Algo que adquiere su categoría de bandera porque es sostenida por los dientes de un soldado. Adquiere su categoría de símbolo patrio no por el evento sino porque el evento se ha transformado, quizá desde el instante en el que sucedía, en narración. Como narración, como cuento, la historia del muchacho que sostiene la bandera hasta morir es uno de los lugares en los cuales se afincó mi frágil identidad infantil y juvenil. La bandera de un país que merecía ser sostenida hasta la muerte debió parecerme algo importante y por consecuencia el país también. O quizá lo que me provocaba fascinación era el nivel de crueldad de la historia. Y aquí poco o nada interesa quién fue realmente Abdón Calderón, y qué sucedió en realidad. La realidad es irrelevante, porque lo que es real es cuán indeleble puede llegar a ser una ficción.

La historia es la siguiente: en la batalla por la independencia de lo que luego se llamaría Ecuador de España, un muchacho, Abdón Calderón, fue cruelmente atacado pero nunca dejó la bandera. En la escuela se la contaba de la siguiente manera: el joven estaba parado sosteniendo la bandera con sus dos manos. Una bala impactó su mano derecha y él cambió la bandera a la izquierda. Otra bala le quitó esa mano y entonces tuvo que sostener el mástil con los pies. Luego, sus pies fueron foco del ataque haciendo que deba volver a sostener el símbolo de una patria que entonces todavía no existe con los brazos, ya sin manos. Cuando los ataques lo dejaron sin extremidades, el joven no tuvo otra alternativa que sostener la bandera con sus dientes, hasta que murió.

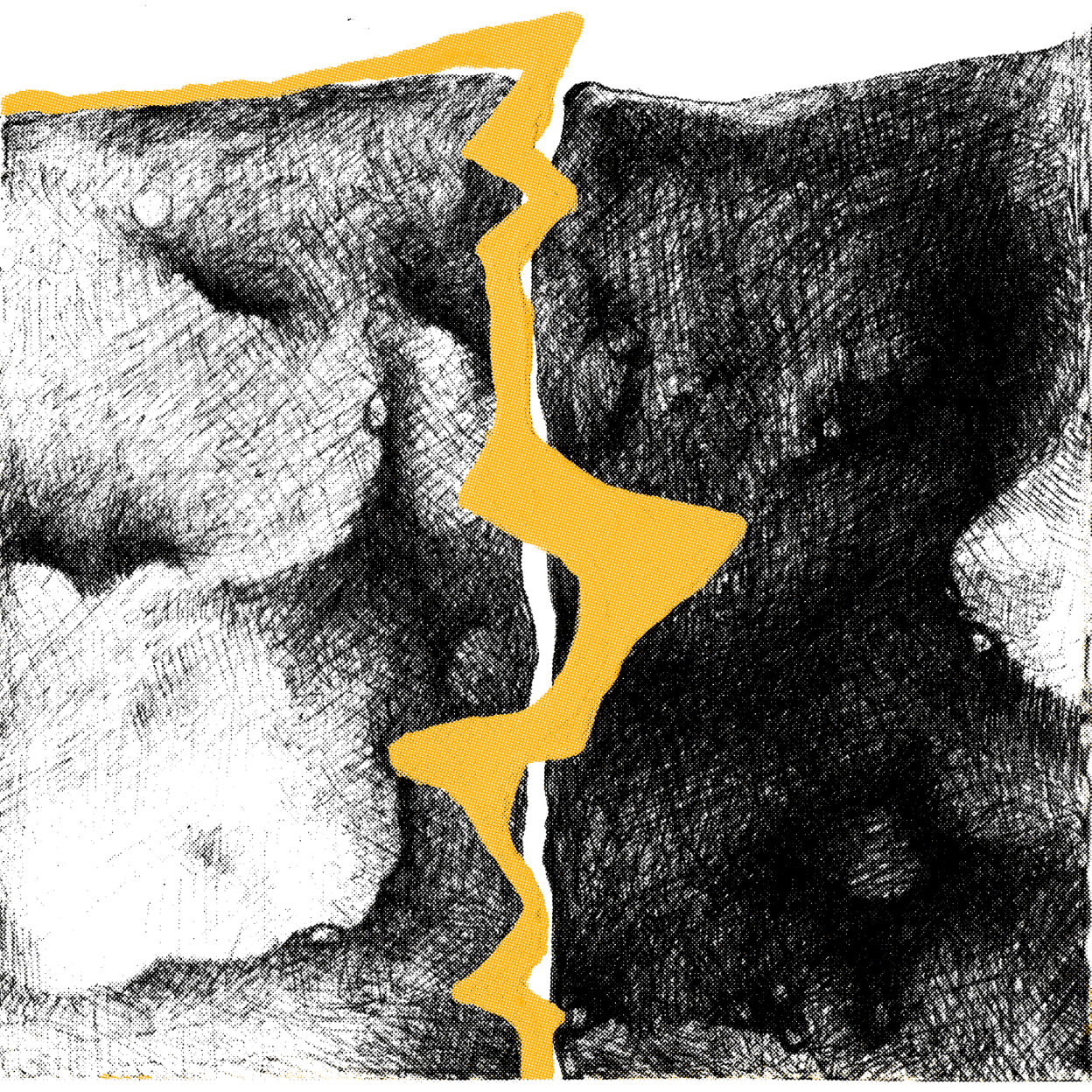
un muchacho

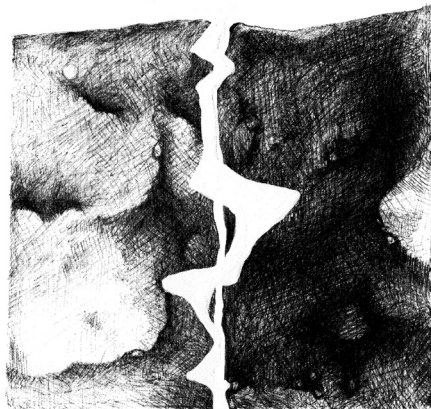
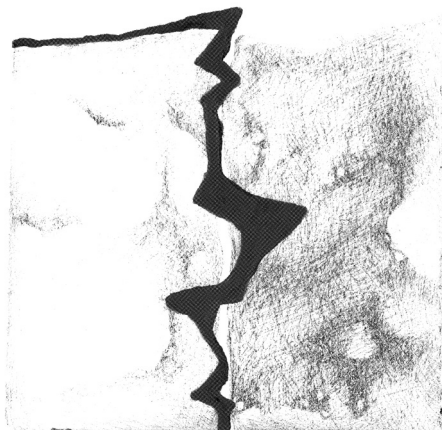
cruelmente

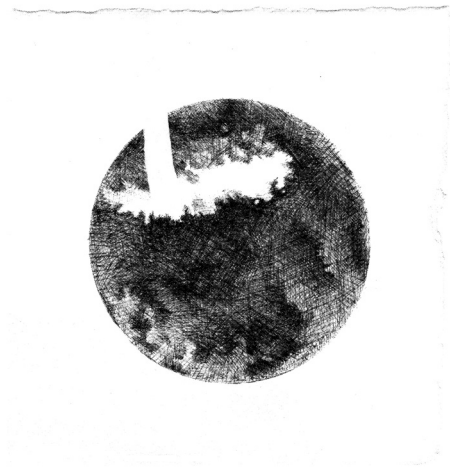
la bandera

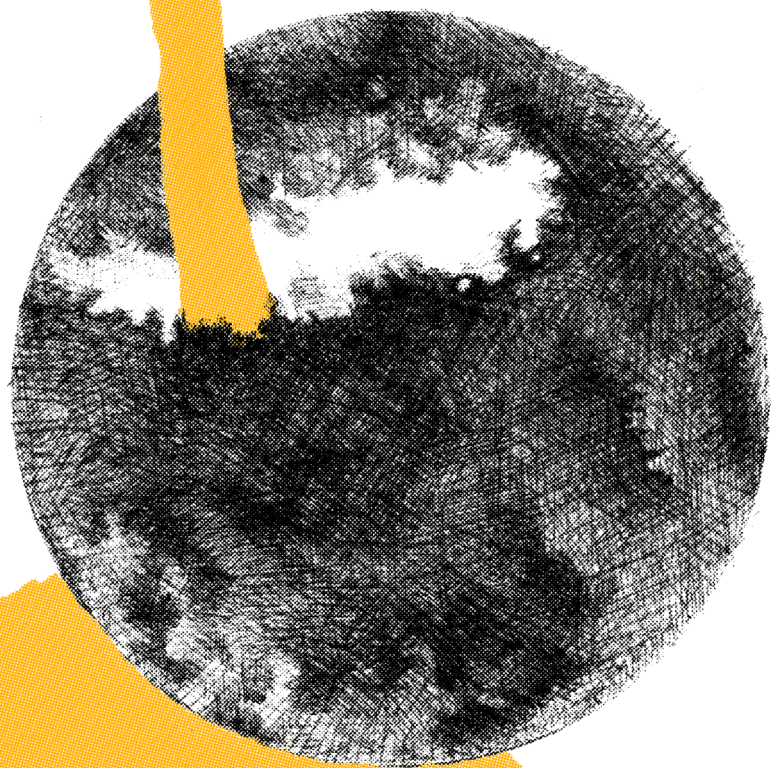
le quitó

haciendo una patria que no existe con los brazos









No. 111

Artículo 5. Ordenar

los

Artículo 4. Identifíquese

de manera

ordenar

los informes técnicos

entifíquese

de manera constante y urgente

éguese

Artículo 4. Identifíquese

de manera const

Artículo 3. Agréguese

conforme

lo

Artículo 2. Establecer como caus

Identifíquese

de manera constante y urg

gréguese

conforme

lo expuesto

tablecer como causal

conocer

Artículo 2. Establecer

Artículo 1. Reconocer

ecer como causal

ocer

las Fuerzas

EXPOSICIÓN DE

La presencia exacerbada

El nefasto incremento

Los pilares de la soberanía

La integridad y el control
territorial

Los actores beligerantes

La respuesta

El ejercicio

una población

Estas agresiones coyunturales

MOTIVOS

CONSIDERANDO

Las concepciones teóricas

La administración

los ejércitos de señores

las empresas privadas

los actos terroristas

el artículo 3

el día 11 de agosto de 1854

los fatales caballeros oscuros,

las altas partes contratantes

La inviolabilidad de la vida

lo público y lo privado

Las infracciones y los delitos

Los mandatos, las operaciones, las consecuencias

Las prisiones

Su corte constitucional

La presidencia de la república

armas, municiones, explosivos y accesorios

La fenomenología delictual

El control territorial

El monopolio de la violencia

La conmoción interna

DISPOSICIÓN GENERAL

Reconocer la existencia

De carácter transnacional

Establecer como causal

La privación de libertad

Los muros el palacio nacional la república

los Caudillos las milicias las fuerzas gubernamentales

Agréguese como

Identifíquese a los siguientes

Ordenar...ejecutar...neutralizar

DECRETA mos,

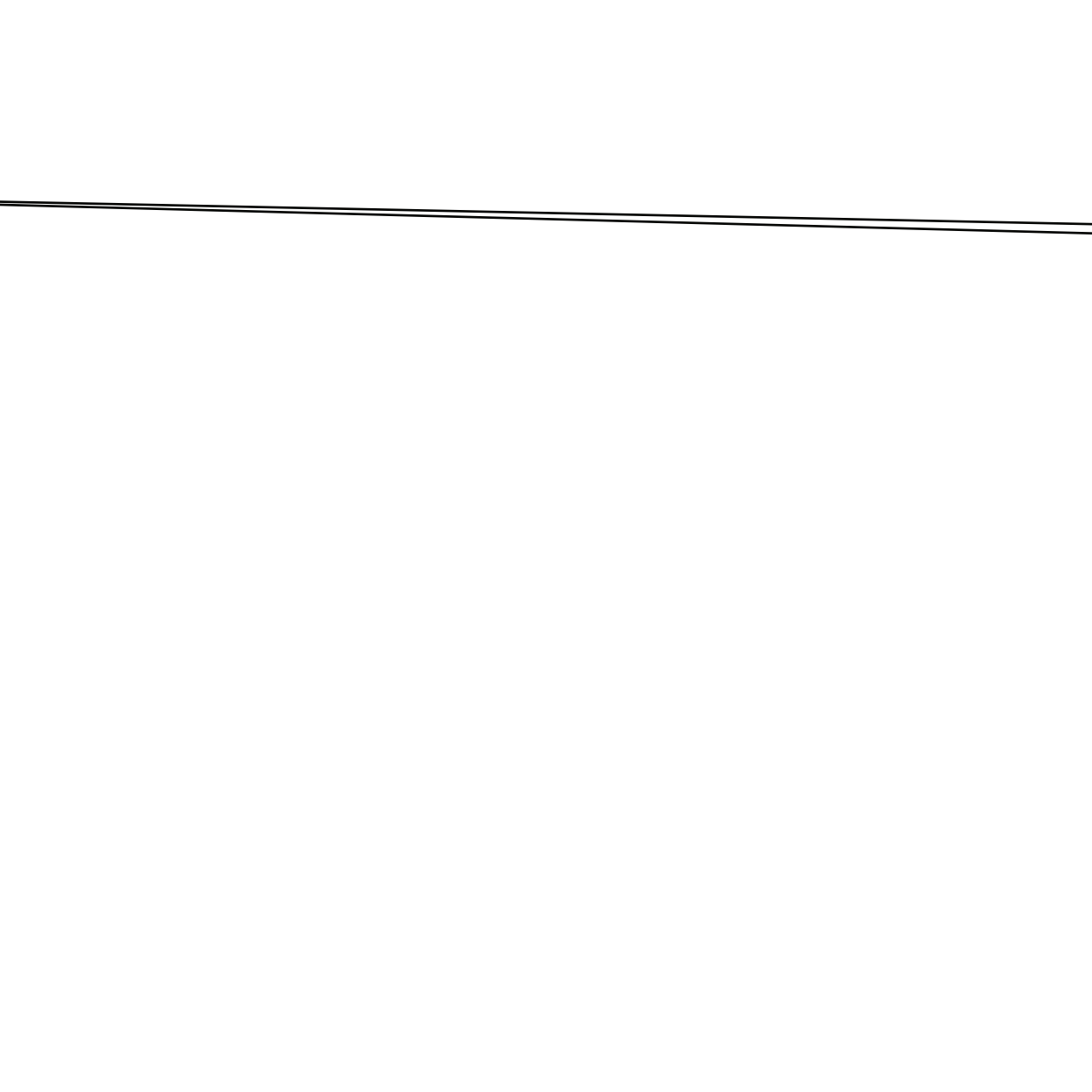
neutralizar

las Fuerzas

el Palacio Nacional,

LA REPÚBLICA





El chillido

El chillido es mi único
recuerdo
un delgadísimo y penetrante aullido rojo.

El chillido un chanco.

asfalto,

lo recuerdo piedra.

 recuerdo no existe. Existe un , un
 antes, donde está mi

pertenecen ,

debajo de ella, quizá entre sus piernas el cuerpo animal.

estridente y luego la sangre que

que toda se haya ido y nada, ni una gota,

por una piedra imaginada

piedra por todos lados. El piso de

El

, estaban las chancheras.

una mujer empuñando un cuchillo y abajo suyo,

Y luego el chillido fino y

resbalaba por la piedra

mi memoria parte de la sangre,

es muy probable

haya resbalado

aún en ese patio.

El chillido de un chanco. El patio de la casa de mis abuelos tiene piedra por todos lados. El piso que es de asfalto, yo lo recuerdo de piedra. Y así con algunas partes de las paredes y los bordes de las gradas. Una, es una sola grada que va del patio al gallinero y al lugar donde antes, en la época donde está mi recuerdo, estaban las chancheras. Sobré esas gradas que pertenecen sólo a la memoria, recuerdo a una mujer empuñando un cuchillo y abajo suyo, debajo de ella, quizá entre sus piernas, veo el cuerpo del animal. Y luego el chillido fino y estridente y luego la sangre que recuerdo, equivocadamente, resbalaba por la piedra hasta el patio. Había también un balde donde mi memoria ubica parte de la sangre, pero es muy probable que toda se haya ido al balde naranja y nada, ni una gota, haya resbalado dramáticamente por una piedra imaginada hasta un desagüe que aún está en ese patio. El chillido es mi único recuerdo exacto. El chanco, para mí, no hace oinc oinc, sino un delgadísimo y penetrante aullido rojo.



Mi abuela hacía todo con las manos:

desgranaba choclos, mataba y pelaba los cuyes y las

El delantal de mi abuela,

gallinas, mezclaba y daba forma a las masas de panes, pasteles

, con restos de masa.

bonitísimas, empanadas

en sus manos
un beso pegajoso en la mejilla.
y me alzaba

Me daba la bendición
la señal de la cruz tres veces
a me bendecía con regularidad, ahínco y determinación

No estaba bautizado, y
ella temía

que un demonio tomara posesión de mi alma.

A lado de ese pasillo, mi

memoria ubica un espacio misterioso que se me presenta resquebrajado. En pedazos que tengo que juntar para construir algo parecido a un espacio. Pedazos móviles que cambian de lugar cada que activo el recuerdo.

Nosotros, los engendrados por el estado, debemos, es nuestra responsabilidad cívica, darle la espalda a la bandera e imaginar territorios despatriados.

Imaginar ese lugar improbable, sin presidentes ni diputados ni ministerios.

El estado y sus funcionarios tienen la habilidad de hacerse indispensables, como que sin ellos, sin sus puestos ni sus funciones no existiría la vida.

Pero existe.

- La vida existe a pesar de la gente obstinada con hacer patria.

Deshagamos la patria así sea un juego porque al menos nosotrxs reconocemos que estamos jugando.

Nos tragaríamos el himno, no sin antes masticarlo. Habría que rumiar, casi, para despedazarlo, no basta con cambiarle la letra, hay que migarlo en la lengua. Levantar el yugo de aquellos hijos, despojarles

- └ de la indignación e inventar otras palabras para reconocernos entre nosotras, nosotros, nostres, nostrx, nosostrs.

- └ Migar es deshacer la explicación, aquello que tiene sentido.

No es el sinsentido ni la destrucción del sentido tan sólo su migación.

Transformar la razón en pedacitos de sí misma.

- └ Migar es imitar al fuego.

Creemos. O quisieramos que así fuese.

○

A finales de septiembre del año 2024 el bosque del Auqui, justo a lado de la casa de Roberto se incendió. Este texto lo escribió él después de los días del fuego, o quizá deberíamos decir durante los días del fuego. No sabemos si esos días se acaban, o se reproducen infinitamente y el fuego nos consume porque es más sabio que nosotros:



Durante toda la tarde escuchamos

bomberos, militares policías en el bosque del Auqui,

se escuchaban los gritos. Un rato cantaban.

Los cantos se desplazaban por el bosque
como si el que cantara fuera el fuego.

Habían muchos vecinos metidos en el bosque,

internados en el humo.

Los humos son
la respiración del fuego

quizá
el fuego exhalando
desplaza(')ndo(se)

Creciendo
quizá
en el humo
Endentro del humo

a l b o r o t o

roberto
vega José
peña loyola trabaja
como educador, gestor
cultural, traductor, escritor
y artista visual. Desde 2014
escribe y dibuja en siamés. En
2023 publicó **La Montaña y sus
oficios (recodo press). Migas o postales
de alguna imaginación andina** es su
segundo libro.

**NO VI LA SEÑAL DE QUE
IBA EN CONTRAVÍA**



**fui yo lx que me ilusioné:
tres elaboraciones para desencantarse del sistema colonial**